

Pequeños relatos

Las tertulias de Madrid

Madrid era anteanoche un hervidero de tertulias. Casualmente me encontré en dos: en la primera tuvo lugar el nacimiento de la noticia de la dimisión de Adolfo Suárez, y algún día la contaré por ilustre, por excitante y por galdosiana. En la otra, tenía el carácter exuberante de un despliegue de las hipótesis. Todavía en España la democracia es un sistema provisional y la dictadura una contingencia histórica. Aquí no se estabiliza otra cosa que las cordilleras. El ambiente era de «acontecimiento nacional» y esto habría que inscribirlo más cerca de la psicopatía que del raciocinio. Ni el suceso, ni el personaje que lo protagonizaba merecían la ansiedad, ni la masturbación mental. De Gaulle, Churchill o Adenauer —tres personajes históricamente universales— no produjeron en sus países, con su marcha, conmoción, sino noticia de interés a toda plana y episodio interesante de normalidad democrática. Los dos grandes temas eran «los estímulos de la dimisión», la verdadera revelación histórica de las causas de la marcha —que es un ovillo y no un hilo— y las profecías sobre el sucesor. Para lo primero se precisa una mentalidad analítica a lo Pedro Ríos en el legajo del asesinato de Prim. Para lo segundo, la exigencia es menor; basta un **retrato-robot** de las condiciones necesarias. Dentro de lo que hay en los cuadros de UCD salieron siempre Leopoldo Calvo-Sotelo y Landelino Lavilla. Y por todas estas cosas: por una exigencia de **integración**; Suárez había **separado**. El **sucesor** tenía que reunirse o **juntar**. Tendría que estar familiarizado con la economía, que es la exigencia principal en todos los presidentes actuales de Europa. Y hasta sería también un mérito conocer Europa en sus entresijos económicos. Tendría también que tener algunas

condiciones parlamentarias de conocimiento de cosas y de repentización. No debía alarmar a la izquierda, a los militares, a la Conferencia Episcopal. Y, por supuesto, tendría que ser un hombre de clara confianza para la Corona, en primer lugar porque el Rey es el protagonista principal de la restauración democrática —la Monarquía de todos—, y después porque la relación obligada entre el presidente del Gobierno y el jefe del Estado no autoriza sombras o recelos. De todas maneras, la primera acción de posibilidades que ha de tener el sucesor de Suárez es la aceptación e identificación de su partido, representado ahora principalmente en sus parlamentarios. El partido y el Congreso de Mallorca son todavía una nube.

Después de esta presunta normalidad de procedimientos, se manejaba otro factor que no debo silenciar, y es que se decía que aquí están pasando cosas que obligan a una **re-modelación** sustancial. Si para hacer esto UCD no proveyera, entonces existiría la vía de «un hombre ajeno y políticamente bendecido». Ahora o pasado mañana. Un tranquilizador neutral y en aquel objetivo. Eché entonces un vistazo a los **profesores** y a los **militares**, y de profesores me rendí. Los había, pero en la endoesfera. Estimulé entonces a la imaginación y encontré al general Alfonso Armada. Todo esto no quiere decir otra cosa que las tertulias de Madrid eran prisioneras del «clima esotérico de las hipótesis» que decía Russell. Pero hay una realidad que me consta, y es que lo que pasa es tan importante, o tan grave, que no es aceptable ningún **continuinismo**. Un **golpe de timón**, en la versión Tarradellas, es un golpe de timón. No le demos vueltas.—**Emilio ROMERO.**